

LAS PEQUEÑAS COSAS

Las pequeñas cosas son las que al final acaban siendo cruciales. Siempre lo supe, los detalles, los momentos imprevisibles, las notas a pie de página, son precisamente los chispazos que provocan incendios. Y en esto no podía ser de otra forma. Fue tan solo un gesto, unas palabras lanzadas al viento que normalmente se van, vuelan y no dejan rastro, pero que aquel día me mostraron que algo habíamos hecho bien, que algo había cambiado para siempre, que estábamos en el buen camino.

Y son pequeñas esas cosas porque pequeño es también quien las puso sobre la mesa. Sin embargo, su tamaño no se corresponde con su fondo, su voz tierna retumba en las conciencias como un trueno que anuncia tormenta. Hablo de Mario, mi hijo, un chico de siete años que una soleada tarde de otoño me dio una lección y un motivo para creer que las cosas pueden cambiar, que lo que un día fue injustamente normal hoy no tiene siquiera sentido.

Andaba jugando con unos amigos en el parque, a pocos metros yo los observaba desde un banco, la típica estampa de las familias con niños. El caso es que estaban hablando entre ellos y, sin pretenderlo, pude escuchar lo que decían. Uno de ellos se había enfadado con Mario porque había subido antes que él a la escalera del tobogán, y, a partir de ahí, la tantas veces repetida discusión que empieza con un "estaba yo primero". A uno le toca siempre atemperar los ánimos, pero en esa ocasión esperé a ver el discurrir los acontecimientos, tampoco tenían mayor importancia. Sin embargo, el contrincante iba a utilizar unos recursos dialécticos contra Mario que provocarían una reacción de la que quería hacerme eco y que pasaría de ser mera anécdota a testimonio de un tiempo nuevo.

La defensa del rival consistió básicamente en un ataque personal, algo muy propio de los padres de esos niños, el arma arrojadiza que solemos utilizar cuando nos faltan argumentos, cuando el uso de la razón cae en desuso. Sobra decir que en el caso de criaturas inocentes tampoco se puede hacer

mayor reproche, va en sus hojas de instrucciones. La cuestión es que aquel chaval le dijo a mi pequeño gigante que era tonto, que además llevaba el pelo largo como las niñas y que le iba a regalar la muñeca con vestido rosa de su hermana. Ahí es nada. Como he dicho, no se puede hacer leña de un arbusto que sencillamente reproduce los tópicos que ha escuchado en casa. Lo que merece un punto y aparte es la réplica que vino a continuación.

Mario apenas tuvo tiempo de meditar la respuesta, fue visceral, firme, seguro, para nada titubeante: "el pelo largo es de niñas y de niños, como la ropa de color rosa, a mí me gusta el rosa". El contrario quedó noqueado y en tierra de nadie, como buen autómatas no tenía más recursos que los que trae de fábrica, había que seguir con la monserga de los niños esto y las niñas lo otro.

Y eso es todo, tan poco, tan imperceptible como un alfiler en una bala de paja, pero tan determinante cuando alguien decide sentarse justamente en ese punto donde el alfiler hace acto de presencia. Mario había puesto el dedo en la llaga y yo fui testigo silencioso y orgulloso de ese salto cualitativo en el acontecer cotidiano. Esa conducta autónoma y desprejuiciada solo era un testimonio más de la victoria de la sensatez frente al empacho de necio costumbrismo. Él fue capaz de derrumbar de un soplo las etiquetas con las que siempre hemos marcado unas diferencias que no eran tales, que no eran más que excusas con las que perpetuar roles de dominio, por un lado, y sometimiento por otro.

Aquella tarde manifestó públicamente lo que tantas veces había mostrado en casa. Cuando jugaba a seguir mis pasos con su kit de limpieza, cuando dibujaba a mujeres y hombres construyendo un cohete espacial, cuando me ayudaba a tender la ropa. Mario sabía ya de entrada que todos estábamos en el mismo campo de batalla, que dentro y fuera del hogar hay personas, no individuos de género masculino e individuos de género femenino a los que asignar tareas distintas, sino gente que, poniendo empeño, puede hacer cualquier cosa. Pero aquel pequeño detalle, a simple vista superfluo, pasajero, marcaba un antes y un después. No es baladí que un niño fulminara sin preparación previa una constante que tú y yo sabemos se ha mantenido desde nuestra infancia hasta hoy. Igual que ese "mi mamá está haciendo la comida", o "mi papá trabaja y mi mamá no". Ahora sé que, como Mario, hay muchos

más, que, pese a que la balanza sigue estando desequilibrada, está más cerca el día en que nadie ponga etiquetas previas según seamos de un sexo u otro. Porque, además, luego comprenderán que prácticamente todo es convencional en ese juego de roles, que sí hay rasgos físicos e incluso neuronales que responden a uno u otro modo de ser humano, pero que éstos no son determinantes para que uno pueda desempeñar una tarea concreta, o para que uno tenga mayor fuerza muscular, o para que otra lleve unos colores, un corte de pelo o un balón de rugby en el regazo.

Como bien decía mi antiguo profesor de filosofía: "el hecho de que haya sido costumbre de un pueblo tirar a una cabra desde un campanario, no legitima a seguir haciéndolo para celebrar que estamos en fiesta". Por muy tradicional que fuera, aquello debía ser erradicado por cruel y absurdo. Todo cambia, todo fluye como el agua de los ríos, y más aún cuando la corriente se encamina hacia el mar de la justicia.

Volviendo al parque, al lugar donde acontecieron los hechos, en la estampa infantil quedaron retratados de forma espontánea el pasado y el presente, la tradición inmovilista y retrógrada frente al espíritu abierto y respetuoso. Más allá de que fuera sangre de mi sangre, Mario puso rostro y voz a la condición humana, al ser que aspira a la felicidad en compañía de otros a los que cuidar tanto como a sí mismo, sin discriminación, sin falsos prejuicios, sin corsés, sin ataduras impuestas. En adelante, él, y otros como él, no segregarán a sus semejantes en habitaciones azules y rosas, ni regalarán cochecitos de metal o carritos de muñecas en función del sexo de los receptores, ni dibujarán a mamá en la cocina y a papá conduciendo el coche familiar, ni usarán el género o la orientación sexual como forma de ofensa. Tales despropósitos ni siquiera contarán como ocurrencias. Cometerán otros errores, pisarán otros charcos, se caerán y tendrán que levantarse, pero aquellos tópicos injustos y decadentes serán agua pasada, porque no puede ser de otra manera. Un paso trae consigo otro, muchas gotas llenan vasos. Así es como las pequeñas cosas acaban siendo grandes.